

SEMBLANZA

RAFAELA ARREBOLA RUIZ (Rafi)



Nací el día 10 de Junio del año 1937, en “Las Piedras”, Rute, Córdoba, en plena guerra civil.

La familia: Mi padre estaba luchando, obligado, con los nacionales. Mi madre se encontró con dos criaturas, yo recién nacida y mi hermana Ángeles, la mayor, con tan solo 15 meses. Alguna vez nos contaba las angustias que pasó viéndonos tan pequeñas... y, cómo rezaba a Dios para que cesara la guerra en nombre de las dos inocentes angelitos. Por lo visto, mi padre estuvo varias veces a punto de perder la vida; le quedó una cicatriz en la frente por una bala que le rozó. Decía él que nunca mató a nadie, porque cuando les obligaban a disparar, desviaba la puntería.

La familia fue aumentando hasta llegar a ser numerosa: 4 chicos y siete chicas. Entre 1936 y 1955 nacimos los once hermanos. A Ángeles la mayor, le sigo yo; el tercero, Francisco tardó un poco más en llegar debido a las ausencias de mi padre que estaba en la guerra. Algunos tuvimos que ser repartidos entre familiares, padrinos y abuelos, porque mi pobre madre no podía con tanta carga: ¡tantos hijos pequeños y con tan pocos recursos! Solo contábamos con el jornal de mi padre, y entonces el trabajo remunerado, escaseaba; siempre era temporal, y sin seguros; normalmente se trabajaba a destajo, y era corriente pagar con género: cereales, aceite, ganado...

Los padres: Soy consciente de que mi historia parte de la historia de mis padres, necesariamente. Siempre he creído que el ser humano nace marcado por las circunstancias familiares, época y forma de vida. Por ello tengo en cuenta sobre todo, lo que mis padres vivieron antes y después de traerme al mundo.

Papá se quedó huérfano de madre a los tres años, por lo que su niñez fue dura y difícil, obligado a trabajar en el campo desde muy niño, viviendo y rodando entre la familia ya que su padre era muy joven, y de un carácter complicado... Volvió a contraer matrimonio y tuvo cuatro hijos más, pero a mi padre, que era el

mayor, siempre le tocó la peor parte. O mejor dicho, no le tocaba a penas nada en cuanto a los bienes familiares.

Mamá se crio en abundancia económica, hasta que su padre fue perdiendo posesiones..., y ella tuvo que sufrir la separación y desavenencias de la familia. También ella era la hija mayor de tres hermanos, con lo que le tocaba apenar... Sin embargo, a pesar de los traumas sufridos, mis padres siempre fueron personas muy entregadas y solidarias con los más necesitados, capaces de compartir lo poco que tenían, y de un carácter abierto y sociable. Para mí, su vida fue un ejemplo de sencillez y honradez, siempre preocupándose por el bienestar de sus hijos. También nos inculcaron la piedad y la fe en Dios. Mi madre era practicante. Su deseo era tener una hija monja ya que ella no lo pudo ser porque su padre se interpuso. Yo siempre tuve una tendencia hacia lo espiritual aunque nunca estudie en colegio religioso. Así que, a los 16 años, ingrese en las Religiosas Escolapias. A los pocos días de estar como postulante me entraron dudas de mi vocación... pero la M. Superiora me convenció de que eso era una tentación del diablo que yo debía vencer.

Religiosa escolapia: En las Escolapias había dos clases: Madres y Hermanas. Las Madres debían llevar una dote de 25 mil pesetas y las Hermanas solo de 500 pts. Yo no pude llevar nada. La M. maestra me preguntó si mi padre podía costearme los estudios para ser maestra, cosa imposible ya que bastante tenía él con alimentar a tantos hijos, además de que estaba disgustado por mi decisión de ser monja. Visto lo cual, mi destino fue ser hermanita lega. Yo lo acepté sin darle mucha importancia y sin saber apenas lo que eso significaba. En el noviciado me pasaron cosas muy curiosas...: Irme al recreo con las maestras cuando mi lugar estaba en el fregadero de la cocina con las jóvenes de mi clase, y muchas cosas más...

Acabado el noviciado e hice los votos temporales con las mismas dudas... y las mismas soluciones: Tenía que vencer las tentaciones del diablo...

Estancia en Colombia. Con 19 años fui destinada a Colombia al colegio que la congregación acababa de fundar en la capital de Colombia, Bogotá. La superiora de la pequeña comunidad se quejaba de que le habían mandado a una hermana demasiado joven... Todo era: joven para acá, joven para allá...Todas tenían derecho a mandarme y a vigilarme... Por lo que mi espíritu rebelde se vio totalmente sometido. Consecuencias de la vocación, pensaba yo. Todo sea por amor a Dios...

Llegó el momento de hacer la profesión de los votos perpetuos. Otra vez la duda... y otra vez a someter mi criterio al de los superiores que eran los que tenían que decidir por mí.

Los Franciscanos pidieron a la congregación colaboración docente para una escolita que ellos mismos construyeron en el cerro de chabolas, muy cerca del colegio que la Escolapias teníamos en una de las zonas económicamente mejor situadas de la ciudad. El cerro era un lugar del extrarradio donde abundaba la miseria. Chabolas con suelo de tierra, sin muebles, tapándose con cartones, ramas de árboles, montones de trapos viejos les servían de cama..., etc.; Allí ninguna de las maestras escolapias iba a ir a trabajar con aquellos niños tan marginados... Entonces la comunidad contrató a una maestra seglar para que se hiciera cargo de la escolita, y yo fui su ayudante. Mi trabajo consistía en llevar leche y pan para los niños, (a petición de la maestra seglar), y quedarme con los más pequeños en turno de tarde para enseñarles a leer, y enseñarles lo más elemental para pasarlos al segundo curso que llevaba la maestra por las mañanas. Los niños llegaban, de 6 a 12 años, por primera vez a la escuela, con mucha hambre... y con piojos en sus cabecitas... Algunos venían cansados de trabajar, acarreado leña para venderla, y uno de seis años, Benitín, traía sus manitas y brazos tiznados porque le tocaba cocinar el arroz para sus hermanitos más pequeños mientras sus padres, o solo su madre, andaban buscándose la vida como podían. La maestra era realmente humana, y recurría a mí para solicitar ayuda al colegio. Por ejemplo: que el colegio nos dejara uno de los 7 autocares que poseía para sacar a los pobres niños a ver algo diferente de su barrio; que nos dejaran la capilla para la primera comunión, cosa que a algunas religiosas no les parecía bien que unos niños malolientes usaran el mismo autobús o el mismo local destinado a las alumnas del famoso Colegio Calasanz Femenino.

En esa tremenda realidad se me despertó una inquietud de conciencia que no me dejaba vivir tranquila... Incluso caí gravemente enferma.

Pasé 15 años en Colombia. Los mejores de mi juventud (de los 19 a los 34). Viví etapas grises, pero predominan los buenos recuerdos y vivencias, tanto religiosa como humanamente: la gente de Colombia era encantadora, sobre todo con los españoles. Me adapté tanto que, aún después de tantos años, se puede decir que llevo a Colombia dentro de mi vida.

Volví a España a finales del año 1972 y no me esperaba que no me dejaran regresar a mi querida Colombia. Yo había iniciado en Bogotá estudios de magisterio, gracias a la apertura que el Concilio Vaticano II había introducido en las congregaciones religiosas más anquilosadas. Me faltaban dos años para sacarme el título, pero mis ruegos y suplicas fueron en vano. No se me permitió volver a Colombia. Y aquí, en la última comunidad que estuve se me prohibió toda actividad y contacto relacionados con las alumnas del colegio.

Actividad laboral. No pude aguantar la situación, y con 36 años salí de la congregación, a la aventura..., a casa de mis padres, con 10 mil pesetas en el bolsillo. Enseguida marché a Barcelona con mis hermanos y hermanas que estaban trabajando allí y pude conseguir un trabajo en la clínica Barraquer, pero mi obsesión era volver a América como misionera. Para ello conecté con AMS, Asociación Misionera Seglar. Vine a Madrid con la idea de asociarme a este grupo pero la realidad fue que al no contar con ningún título de estudios no me admitían. Tenía que ponerme a estudiar y pagarme los estudios y el alojamiento por lo que, lo inmediato fue buscarme un trabajo. Trabajé sirviendo en casas, cuidando niños..., hasta que conseguí un puesto de auxiliar de enfermería en el hospital público Virgen de la Torre de Vallecas donde trabajé durante 27 años, hasta mi jubilación.

En cuanto me sentí libre..., tal era mi **afición por la Música**, que saqué tiempo para aprender solfeo, y tocar instrumentos. La flauta travesera es uno de mis preferidos. La música es algo esencial en mi vida. Me ha ayudado a superar momentos difíciles... Es la más bella expresión de los sentimientos y los embellece. La Buena Música llega a lo profundo del ser humano.



Matrimonio. Conocer a José Ángel en 1976 me hizo dar un giro y desistir de mi vuelta a América. Él me brindó mucho cariño y confianza. Nos conocimos en una oración interconfesional que se celebraba una vez a la semana en el centro ecuménico de las Misioneras de la Unidad. Empezamos con una buena amistad, pero rápidamente se convirtió en algo más... Intentamos distanciarnos, pero fue inútil... Nos queríamos y nos necesitábamos.

Las misioneras y los grupos que frecuentábamos nos apoyaron mucho. Casi nos empujaban para que nos uniéramos en matrimonio. Nos casamos el cuatro de mayo del año 1978 en la parroquia de María Reina, situada en un bajo de la calle Risco de Peloche, en Portazgo. Alguien de la familia decía que eso no era una iglesia y que no nos había casado el cura, sino, nosotros mismos. Efectivamente, Fabián, el cura, lo dejó claro: el acto era cosa nuestra, y nos dio la palabra, cosa habitual en las comunidades cristianas de base.

Vivimos nuestros primeros 10 años de casados en un pequeño piso de la calle Hachero en una comunidad de cuatro vecinos. Éramos como una familia bien avenida; una experiencia inolvidable en ese humilde barrio del Puente de Vallecas. Cuando llegó el bum de la construcción, compramos un nuevo piso en la calle León Felipe. Algo grandioso, comparado con el que dejamos, pero que nunca lo acabé yo de asimilar. De 4 vecinos pasamos a 68 y no bien avenidos. La primera reunión me resultó deprimente al ver que cada cual arrojaba el ascua a su sardina... y las pretensiones, eran de gente poco solidaria. Me pesó haber hecho el cambio pero la decisión estaba tomada. Por lo que más valió la pena fue por poder tener a mis padres con nosotros durante unos 8 años ya que disfrutaron de un buen espacio e independencia, y la familia cuando venía a Madrid, daba gusto poderlos alojar holgadamente.

Trabensol. La Parroquia de San Ambrosio fue el centro de mis vivencias cristianas. Fui catequista, participé en varias actividades tanto de la Parroquia como de la asociación AL ALBA. Una época muy significativa de mi vida, muy rica en el sentido de la vivencia de la fe y el compromiso. Por medio de gente de esta Parroquia, María Salud y Ramón, supe de la formación de la cooperativa en la que estamos: TRABENSOL. Esto está marcando otra etapa de mi vida (de nuestras vidas).

Otro cambio profundo: Dejar la bella ciudad de Madrid, el barrio, la Parroquia..., la casa en la que vivimos durante 25 largos años. La verdad es que echo de menos muchas cosas de las que he dejado en Madrid: mi casa, mis muebles, el barrio, la gente, los amigos..., pero el paso ya está dado y no hay vuelta atrás; ya vendimos nuestra única vivienda, y nuestro domicilio está en este centro. Esta es nuestra casa.



Ya llevamos 8 meses en TORREMOCHA en el centro TRABENSOL. Aún me encuentro en periodo de adaptación, como les debe pasar a la mayoría de los que viven aquí, pero valorando los pros y los contras, creo que hemos salido ganando en muchos sentidos con la nueva situación de vida aquí en Trabensol. Lo que más valoro es la convivencia con personas tan valiosas como se encuentran aquí. Los criterios que movieron a formar esta cooperativa y los que nos siguen moviendo a que esto lleve una buena marcha. Es verdad, como dice el dicho, que en todas partes se cuecen habas... pero, la buena voluntad prevalece.

Voy a terminar con un pequeño poema mío titulado:

CAMINANDO CON AMOR.

En esta vida me encuentro,	aún en medio del dolor.
Por el mundo peregrino.	Si alguna vez voy llorando...,
En mi caminar intento	también se llora de amor.
llegar a donde el destino	Si alguien su mano me ofrece
un fin para mí trazó.	mi brazo le ofrezco yo
Mas no voy en soledad	pues juntos el amor crece
Alguien mi senda sembró	y se camina mejor.
con destellos de bondad.	
Y por eso voy cantando	Rafaela Arrebola Ruiz